

El Milenario del gran Botánico hispano musulmán Aben Cholchol

por Julio Cola Alberich

Colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El autor se ha consagrado en este milenario del nacimiento del gran cordobés Ben Cholchol, a difundir entre los públicos culto y profano la figura y obra científicas de dicho botánico ilustre. En el «Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural», en «Haz», órgano del S. E. U., y en el diario local «Córdoba», hemos leído sendos artículos de análoga consagración. Hé aquí uno de ellos, aparecido en «Haz», julio-agosto 1943.

Una de las tareas más brillantes que a la Ciencia española actual compete, es la de actualizar todas las grandes figuras que, a través de muchos siglos de cultura, aportan su esfuerzo luminoso, pero quedan postergadas en épocas de dejadez y desidia en que se aceptaba sumisamente la torpe patraña de nuestra escasa aportación al caudal científico del mundo.

En todos los órdenes del saber humano poseemos investigadores capaces de ser comparados y aún de superar a los más excelsos de las naciones propagandistas de nuestra inferioridad cultural.

Guiado por este móvil, en la última sesión de la Real Sociedad Española de Historia Natural, ponía de manifiesto la circunstancia de cumplirse dentro de unos meses, el primer milenario de uno de los más famosos investigadores del siglo X: el cordobés Suleiman ben Hassán ben Cholchol.

Nacido en el año 944 de nuestra Era, en la época azarosa de nuestra reconquista, contribuyó con su esfuerzo al brillo de la civilización que tan alto grado de perfección alcanzó en la ciudad califal.

De sus primeros pasos en la vida intelectual poco conocemos. No obstante, un coetáneo suyo, Mohamed ben Zacarías el Razi, afirma que se destacó por su extraordinaria precocidad, y que a los veinte años dominaba el griego y el latín, lenguas ambas que habían de serle de suma utilidad.

Desechando el ejercicio de las armas, tan apreciado en su época, se dedicó al estudio de la Medicina, que en su ciudad natal había logrado la mayor perfección conocida en el Occidente. La fama de Córdoba se extendía a los propios reinos cristianos y una prueba de ello lo tenemos en que el monarca leonés Sancho el Craso vióse precisado de acudir a ella para poder curarse de la obesidad que ponía en grave peligro su vida.

Con el estudio de la Medicina se despierta la afición botánica de Ben Cholchol. Siendo entonces la base de las ciencias médicas, por constituir productos vegetales la mayor parte de los remedios curati-



vos empleados, era lógico que su conocimiento reportase una gran utilidad práctica. Sin embargo, carecíase hasta entonces de un sistema científico de clasificación, cosa que se advierte en las escasas obras dedicadas a esta materia que han llegado hasta nosotros.

En este momento fundamental aparece Ben Cholchol. Pronto logra un prestigio extraordinario, hasta el punto de ser designado médico de cámara del

Califa Hixem II, que en su corte de Medina Azahara estimula el florecimiento de las ciencias.

Utilizando el gran poder que su cargo le confiere, hace que de diversas regiones se le remitan ejemplares, que pacientemente clasifica, y con los que crea un herbario considerado como el primero de su tiempo. Recorrió con este fin no sólo el Andalus, sino que pasó al Mogreb en su busca, llegando hasta Casablanca.

Ya hemos consignado el dominio que de la lengua griega poseía desde su juventud. Esto hizo que siguiera el camino que antes de él había emprendido Aristóteles, quien, para la redacción de sus tratados *De Plantis* e *Historia Animalium*, se hizo recoger ejemplares por un grupo científico agregado a las huestes de Alejandro Magno, con cuyos materiales compuso sobre las tres ramas de la Historia Natural, sentando las bases de la ciencia experimental. Este procedimiento de investigación fué olvidado por las generaciones posteriores, que basaban sus conocimientos en especulaciones teóricas.

La ciencia musulmana fué la depositaria del tesoro cultural helénico, cuyo valor no le pasó desapercibido, vertiendo a su lengua los mejores tratados. Así, Hosain ben Ishac, médico nestoriano muerto en Bagdad en 873, se dedicó por orden de los Califas a la traducción de las obras aristotélicas, cuyo estudio alcanzó suma importancia, no sólo en aquella ciudad, sino en Damasco, Alepo y otras muchas. Hacia la mitad del siglo X, Alfarabi de Khorassán comentó el *Organum*, y su discípulo Avicena cultivó el peripatetismo.



Pues bien, en materia botánica, el introductor en el Islam de los procedimientos helénicos de investigación, fué precisamente Ben Choichol. Con la creación de su conocido herbario lo demuestra.

Pero hay más. La obra médica culminante de la civilización griega, fué la inmortal de Dioscórides. Y dedicado a esta traducción, anotación y comentario, logró este insigne cordobés su obra *Comentario filológico a los siete libros de la obra de Dioscórides*, que ya durante siglos fué la base del estudio de la Medicina en todas las Universidades musulmanas.

Fué genial la manera como llevó a cabo obra tan laboriosa, no sólo por la dificultad de traducción a lengua tan distinta como el árabe, sino por la diferencia de nombres de las especies botánicas en los diversos territorios. Al no conocerse un procedimiento de nomenclatura internacional como el que siglos después inventara Linneo, se exigía una labor minuciosa de compulsas y confrontación de nombres, características y ejemplares. Esto, en una obra tan voluminosa como la que nos ocupa, supone una labor concienzuda, que ejecutó de la forma más acabada.



Veamos un ejemplo de su manera de expresión. Bajo el epígrafe *Anthemis* «Es el «lebo-rech» y el «oqhawam» (manzanilla), que el vulgo denomina «xachra Mariem» (hierba de María) y que no es otra que el ojo de buey, así llamado en la parte meridional del Andalus y en latín «massanella». Le sigue una descripción técnica, propiedades y utilización. Así centenares y centenares de voces tratadas con el mayor esmero.

La celebridad que su trabajo alcanzó fué inmensa. Ibn Alawam,

de Sevilla, que vivió en el siglo XII, autor del mejor libro de Agricultura de la época musulmana, toma de Ben Cholchol mucha información y hace de él los mayores elogios, y Ben Loyón de Almería, en el siglo XIV, dice que sus escritos se comentaban favorablemente en los centros de Bagdad.

Con su labor preparó el camino de los dos mayores botánicos que ha conocido el Islam: Ahmed Abu el Abbás ben Rumía, del siglo XIII, llamado Annabatí (el botánico) por ser el príncipe de los naturalistas, y de Abdalláh ben Ahmed Ibn Albaíthar, malagueño, el que más fama alcanzó y de quien Menéndez y Pelayo afirma que es «el Dioscórides español del siglo XIII». Con igual motivo podríamos opinar que Ben Cholchol lo fué del siglo X.

Ante el aniversario de su nacimiento, justo es que recordemos su nombre, ya que con su sabiduría contribuyó a que nuestra Patria fuera conocida con admiración en todos los ámbitos del mundo islámico, hasta la India lejana, y a incrementar el prestigio intelectual de Córdoba, su ciudad natal.

